

asumido que Don Gervasio implicaba la desaparición del sistema de ingresos por juego por el retiro unilateral de Don Ahmed, pero ya había tenido suficiente, según sus palabras, de soledad y de dinero. Un compañero y la promesa de la estabilidad de una vejez compartida eran suficientes para Doña Zulma. Cuando dos semanas después volví al pueblo a presentarle la división de los bienes me invitó a una ceremonia muy íntima. Había decidido que, próxima a casarse con Don Gervasio, con los hijos ya crecidos y con el destino en sus manos, era tiempo de liberar a Don Ahmed del cargo de tutelar en forma omnipresente al grupo familiar. Había comunicado a los hijos la decisión de casarse con Don Gervasio y arrojar las cenizas de Don Ahmed en el campo que el difunto les legara. Los hijos, acostumbrados a la férrea disciplina de Doña Zulma, no pusieron objeción alguna. El mayor propuso que se me invitara a acompañarlos cuando dejaran los restos de Don Ahmed en el campo, por haber sido quien había llevado las cenizas de su padre a sus manos y para que fuera testigo de su disposición. Fue así que una mañana tan luminosa como ventosa del mes de setiembre fui testigo de cómo la viuda destapó la urna y con un brusco movimiento de los brazos dejó salir parte de las cenizas que se esparcieron al viento. El hijo mayor repitió lo hecho por la madre y pasó la urna a su hermano menor, que caminó unos pasos con ella en los brazos, introdujo una mano, sacó un puñado de cenizas y abrió los dedos. El viento limpió la palma de la mano de cenizas. Interrogó con los ojos a su madre y ella le dijo que diera vuelta la urna, con lo que se vació totalmente. Me pasó la vasija y la tapa, la tapé, la puse bajo el brazo y caminamos en silencio de vuelta al pueblo. De vuelta conduciendo a Minas con la urna vacía en el asiento del acompañante pensé todo el camino en Don Ahmed y en su increíble capacidad de previsión de los detalles que cubrieron todos los aspectos de sus vidas y de su muerte,